

Decíamos que en uno de los barrios, que era nada menos que el de la Palma, y en una casuca de *adobe*, cercada de zanjas pobladas de *cañaverales*, vivía un negro ya muy anciano con una hija y dos nietos mulatos.

El infeliz abuelo estaba ciego.

Su crespa cabellera había emblanquecido, formando un contraste singular con su tez de ébano.

El negro estaba encorvado por los años, y sus ojos se habían cerrado para siempre.

La hija era una mulata hermosa en su género, inteligente y de un corazón generoso.

De los chicos, uno tenía diez años, maligno, mal intencionado y de perversas inclinaciones; esto agregado á su color, lo hacía un ser deforme.

El otro, raquítrico, enfermizo y de una índole suave.

Aquella pobre familia se mantenía de coser ropa para el ejército.

Camila velaba las noches enteras para sostener á su anciano padre y á sus dos hijos.

Pedro era, como hemos dicho, el zángano mas terrible, ladrón ratero que salía por la mañana y poniéndose á la puerta de una tienda, robaba á los compradores cuanto podía, y al tendero si se descuidaba.

Pedro entraba á las iglesias para pillar pañuelos á las señoras y á los devotos; á veces le costaba este oficio una zurra de bastonazos ó una zurribamba de patadas; pero esto era nada, el muchacho acababa por inspirar compasión á los mismos robados, y así pasaba los días en la holgazanería, en el aprendizaje del crimen.

Camila reñía al pilluelo; pero sin medios de contenerle, acabó por dejarle que hiciera lo que le diera la gana.

A ese rapaz le llamaban en el barrio *Pedro el Negro*, cuyo nombre y apodo encontraremos mas tarde en nuestra historia.

La tarde en que llevamos á nuestros lectores á hacer cono-

## CAPITULO VIII.

### LA CHOZA DE LOS LIBERTOS.

#### I.

En uno de los barrios mas apartados de la ciudad de México, que allá por los años en que comienza nuestra historia, eran el asilo de la gente perdida y de los ladrones famosos, antros verdaderos del crimen, donde la policía rara vez se presentaba y si lo hacía era para salir á pedradas y en fuga, porque el hormiguero de bribones era capaz de devorar, como Saturno, á sus mismos hijos.

Los desertores, los prófugos de presidio, todos los que no podían aparecer á la luz del sol en las plazas del centro, tenían en los barrios su guarida, allí estaban seguros de toda persecucion.

En aquella especie de sociedad constituida en plena barbarie, la fuerza y el puñal dirimían todas las cuestiones, y sin embargo, aquella gente toda era artesana, de allí salían los *zapatones*, los juguetes de vidrio, los *muñecos* para los niños, los *rebozos* y otra multitud de obras de arte que se vendían á precios sumamente baratos.

cimiento con estos personajes, estaba el infeliz ciego devanando una madeja de hilo, mientras el nietecillo llamado Gaspar pegaba los botones á un pantalon.

Camila cosia sin cesar, porque al contratista de la *municion* le urjia.

—Ya falta muy poco; padre mio, dentro de dos horas habremos concluido.

—Ya has trabajado mucho, Camila; mira que vas á caer en cama y entonces---

—Entonces, dijo Gaspar, yo seguiré en el trabajo, porque conozco bien esto de la *municion*.

El negro movió la cabeza y dijo despues suspirando:

—A qué trance he llegado!---- hace algunos años veía, sí; esta cortina oscura que se extiende delante de mí, aun no existia, y yo era fuerte, trabajaba para mis amos y para mis hijos!

—Dios os ha quitado la vista, acaso para devolveros la libertad.

—Triste don, exclamó el negro, que no me es dado gozar.

—Al menos, dijo Camila, es un consuelo saber que no teneis dueño, que sois libre enteramente.

—Esos hombres despiadados que me robaron de las costas de Africa para hacerme esclavo, cuando me han visto viejo, inútil, y miserable, me han abandonado---- ya no les servia---- tienen razon---- dices bien, Dios me ha dado la libertad.

—Desechad esos pensamientos que os ponen tan triste, padre mio.

—Esto es horrible! exclamó el viejo, cuantos ahorros habia hecho durante mi esclavitud, todo ha quedado en poder de mis amos.

—¿Lo sentís, padre? preguntó Camila llorandó.

—No, no lo siento, hija mia; esé dinero fué dado por tu rescate, y tu libertad no tiene precio; hablaba de lo impío de esa accion---- dejarnos en la miseria.

—Mientras tenga aliento no os faltará un pedazo de pan.

—Ya lo creo, dijo Gaspar, como que cuando hay trabajo, me parece que el sueño se me ha ido de los ojos, y tengo mas ánimo---- y el gusto que me da traer el dinero á casa---- No habia querido decir una palabra, pero tengo mis ahorros---- estoy rico----

—Pobre niño! murmuró el anciano.

—Sí, rico, riquísimo, tengo veinte reales enterrados en el colchon.

—Bien, bien, dijo el negro, te comprarás algo para los dias festivos.

—No, lo que yo deseo es regalaros---- lástima que no podais ver; pero os aseguro, abuelito, que mi regalo no lo desdeñaría ni el virey.

—Pobre Gaspar! pobre hijo mio! dijo Camila dando un beso al mulatillo.

## II.

Pedro iba á entrar en el aposento de su familia, cuando escuchó á su hermano hablar sobre la riqueza, y se detuvo para enterarse bien del negocio; despues se adelantó fingiendo que llegaba violentamente y dijo á Camila:

—Madre, ahí están dos forasteros que desean hablar con el abuelo.

—¿Connigo? preguntó el ciego.

—Eso dicen.

—Pues que pasen.

Levantóse Camila y abrió la puerta.

Una jóven bellísima al brazo de un caballero, y ambos con traje de camino, se presentaron en la habitacion humilde de Melchor.

— Buenas tardes, dijo el caballero.

—Pasen adentro, señores; dijo el ciego.

—Esta señorita parece muy cansada, añadió Camila, puede tomar asiento en este banquillo.

—Gracias, repuso la jóven, y se dejó caer sobre el asiento agobiada de cansancio.

—Podré saber en qué puedo servir á-----

—Sí, dijo el caballero adelantándose al negro, yo estoy perseguido y la jóven que me acompaña acaba de sufrir un desprecio horrible de su familia; venimos de Valladolid á refugiarnos á la capital; sabedlo de una vez, la Inquisicion nos persigue.

—Ave María! dijo Camila.

El negro movió con impaciencia la cabeza.

—Sin tener un amparo, sin un amigo á quien ocurrir, temiendo ser denunciados por cualquiera, porque estamos al arbitrio de todo el mundo, llamo á vuestra puerta; acaso vos que sois desgraciado comprendereis lo horrible de esta situacion, y no nos rehusareis un abrigo por algunos dias; tenemos dinero y-----

—Guardad vuestro oro, dijo el negro, no lo necesito; y en cuanto á vosotros, esta humilde casa es vuestra, mi oscuridad y mi pobreza podrán servir de escudo; ¡no es verdad, hija mía!

—Con todo mi corazon, respondió Camila, acercándose á la jóven.

—Gracias, dijo Antonio, á quien sin duda habrán reconocido nuestros lectores.

—¿Nadie os ha visto entrar?

—Nadie, contestó el estudiante; he procurado guardar las mayores precauciones.

—Habeis hecho bien; nada temo por mí, ciego, anciano, y despreciado por mi color----- pero vosotros seriais el blanco de esos malvados.

Rosalía se estremeció.

—Esta jóven, continuó el estudiante, queda bajo vuestra proteccion, no es mi esposa aún----- espero que bien pronto podré

darle ese nombre, entretanto hay un muro entre los dos, que no saltaré jamas.

Rosalía tendió la mano al familiar, y este la besó con ternura y respeto.

—Caballero, dijo el negro, sois un hombre honrado, lo que acabais de decir os abre las puertas de mi corazon.

Pedraja se acercó al ciego y estrechó con emocion su tosca mano diciendo:

—Aun hay almas buenas en el mundo; aun hay corazones que palpitan al amparo de la virtud!

—Quizá, dijo el ciego, porque he sido tan desgraciado compadezco el sufrimiento de las criaturas. Figuraos, caballero, que yo vivia feliz en el suelo natal, allá en las arenas abrasadas del Africa; bajo mi tienda encontraban asilo los peregrinos, y no hubo uno solo que saliese desconsolado de la casa de Muley. Era jóven, y con mis armas defendí siempre del extranjero á mi país; cansado de la guerra tomé por esposa á una jóven llena de virtud y de pureza, ella fué la madre de mi hija, de esa criatura desgraciada cuyo rostro ya debe estar surcado por las hondas huellas del sufrimiento; porque ella como yo tambien ha sido muy desgraciada.

La jóven se puso á llorar amargamente.

—Ya llora ¡no es verdad? dijo el negro buscando á su hija en medio de las tinieblas perpetuas que le rodeaban.

Camila besó aquella mano y la oprimió despues á su corazon.

—Un dia, caballero, un dia aciago llegóse á la puerta de mi tienda una jóven hermosa, la recuerdo perfectamente, y si la viesse----- no, ya no puedo verla, ¡ciego! ¡ciego!----- Dios mio!

—Calmaos por compasion, dijo el estudiante.

—Decia, caballero, continuó Muley, que aquella jóven venia llorosa, con el cabello destrenzado, los vestidos en jirones y la sangre en los labios.

—¿Qué teneis, infeliz criatura? le pregunté.

—Me han abandonado en vuestras arenas.

—¿Quiénes, vuestros padres?

—No, un hombre á quien amaba, merced á una bebida narcótica, me ha sacado del buque en que hacia sus correrías en el Estrecho; porque aquel hombre era uno de los piratas mas famosos.

—Nada temais, le dije, bajo mi tienda no ha entrado la desgracia todavia.

—Aquella criatura, dijo Camila, me hizo una impresion desagradable; porque era la desgracia que penetraba en nuestro hogar.

—Sí, aquella mujer era una *gitana*.

—Una gitana! exclamó Rosalía estremeciéndose.

—Sí, una *gitana*, dijo el negro; durante la permanencia de esa mujer sucedieron desgracias horribles en mi familia: el marido de mi hija fué muerto á puñaladas en la puerta de mi tienda, dos camellos que poseia desaparecieron, fuimos saqueados por los beduinos, y al cabo de dos años---- esto es horrible, caballero----sí, horrible---- una turba de españoles negreros nos asaltaron, nos cargaron de cadenas y condujeron á la América, donde fuimos vendidos inhumanamente!----

Pedraja sentia un nudo en la garganta y Rosalía estaba profundamente emocionada.

—Diez años de esclavitud! exclamó el ciego, diez años de miseria y abyeccion, acabaron por cegarme, por arrebatarme para siempre del mundo de las ilusiones y del porvenir, porque yo habia creido poder libertarme á fuerza de oro, es decir, á fuerza de trabajar.

Cuando ya no pude trabajar---- entonces me arrojaron de la finca y me exigieron en cambio de mi hija y mis dos pobres nietos, mis ahorros, esos ahorros arrancados al sudor de mi rostro y á las lágrimas del corazon!---- no importa, ya somos libres, mirad, yo devano seda, y mi hija cose la ropa de los soldados, así pasamos al menos la existencia enteramente tranquilos.

—Desde hoy, dijo Camila, nos hareis compañía ¿no es verdad?

—Sí, seremos vuestros amigos, contestó Rosalía.

—Dividiremos el pan como acostumbrábamos en Africa; esta hospitalidad es un recuerdo de la patria.

—Aquí no debeis temer, rara vez penetran en este barrio las gentes del Santo Oficio.

—Gracias otra vez, dijo el estudiante. Yo necesito deshacerme de los caballos y ahora mismo voy á venderlos.

—Pedro! gritó el abuelo.

—Señor padre, dijo el negrito, que durante la conversacion, se habia sentado mañosamente en la cama y sacado de dentro del colchon los veinte reales que su hermano guardaba como un tesoro.

—Lleva esos caballos al meson de Santiago Tlaltelolco, ya te seguirá este caballero.

—Está bien.

—Hay que atravesar toda la ciudad, pero no importa, aquel lugar es el mas á propósito para la venta.

—Gracias. Vuelvo al instante, Rosalía. Anda, muchacho, ya te sigo.

El negrito salió al pequeño potrero que mediaba entre la calle y la casa, tomó por las riendas á los caballos y se echó paso adelante seguido del familiar.

### III.

*Pedro el negro* se escurrió por los callejones mas escuetos y por las plazuelas mas solitarias, hasta llegar á un antiguo meson que se hallaba á estramuros de la ciudad, donde una turba de gente perdida, verdaderos gitanos, hacian un comercio de bestias robadas á los pasajeros y *haciendas del interior*.

Los ladrones del camino real, los truhanes y los rateros con-

currian á aquella *lonja* á engañarse, jugando la estafa con una habilidad maravillosa.

Una multitud de caballos con mataduras cubiertas, lacras ocultas y llagas perfectamente barnizadas, mulas y burros en el mismo estado, con las marcas desfiguradas.

Entre aquella turba habia quien expendiese armas de munición quitadas á las tropas en los asaltos del camino.

Todo comprador sabia que todos los objetos de aquella plaza eran de mala procedencia, y bajo tal concepto se celebraban los contratos.

En una tienducha de junto al meson, estaba el tío Pablo, *tlacoqui* de profesion, es decir, *receptador* en lengua castellana.

El tío Pablo compraba de *todo*; lo mismo un casacon que un asno, útiles de cocina, zapatos, estribos, tenazas, espejuelos, y cuanto se presentaba á las puertas de su tienda.

Aquel hombre tenia amistades con la gente mas perdida, esa escoria de la canalla que no puede atravesar por una calle á la luz del dia, sin ser notada por la justicia y aprehendida por la policia.

Hemos dicho que Pedro el Negro y el familiar se dirigian á ese mercado; pero el estudiante tuvo temor de ser conocido y se quedó en una plazuela despues de darle instrucciones á Pedro, que avanzó en las calles hasta pararse frente á la tienda del tío Pablo.

—Hola, Pedro! tú por aquí?

—Sí, señor, traigo el encargo de vender estos animales.

A cualquiera le llamaría la atención ver á un muchacho de tan corta edad traficando en aquel sitio; pero la gente de esa calaña comprendió que el pilluelo los habia robado, desatándolos de alguna ventana ó escapando con ellos cuando el dueño estuviese entretenido en alguna compra en el comercio.

—Yo no quiero animales, dijo el tío Pablo, el diablo que los mantenga.

—Sobran compradores.

—Lárgate con tus esqueletos, que nadie ofrecerá un maravedí por ellos.

—No los apoqueis, tío, que voy á perder la venta.

—Y te atreverás á pedir veinte pesos por esas sardinas enjaezadas?

—No, tío Pablo, valen cincuenta, nada menos.

—Estás en tu juicio, muchacho?

—Esa es la instruccion que me ha dado el dueño.

—El dueño estará tirándose los pelos.

—Os engañais, tío, él me ha comisionado.

—Mientes como un haragan.

—En fin, eso no es de vuestra cuenta, dadme los cincuenta pesos y es negocio arreglado.

—Esos caballos no *beben agua*.

—Por todas partes, los podeis pasear frente al virey.

—Entonces sí que corren peligro, porque ese Branciforte es mas ladrón que Gestas.

—Pero no mas que vos, tío Pablo.

—Conque te daré los veinte pesos por los dos caballejos así como están, y punto concluido.

—Cincuenta, y nada ménos.

En esto se acercó un chalan y dijo al muchacho:

—Cuánto *pesan* los animales?

—Sesenta duros; mirad á este tordillo, le llaman el *venado*, y á este otro el *conejo*, son ligeros como unos diablillos.

El chalan montó en uno de ellos, lo *movió* y encontró uno de esos caballos magníficos del *Interior*.

El tío Pablo notó las cualidades del caballo y se prometió no quedarse sin él.

—Amigo, este rapaz está en tratos conmigo.

—Y quién se lo pregunta á su merced?

—Es que ya estamos al ajustarnos.

—Nada importa, puedo hacerle postura.

—Es que yo nunca me *a' travieso* entre dos amigos.  
 —Eso es otra cosa; pero el tordillo lo compro desde luego.  
 —Yo lo vendo á quien me dé mas, dijo Pedro el Negro.  
 —Toma los cincuenta pesos y lárgate, dijo el tío Pablo sacando una talega de cáñamo con el dinero.  
 —Yo doy los sesenta, Pedro.  
 —Vengan ellos.  
 —Yo doy el mismo precio sin los arreos.  
 —Me conviene.  
 —Vea si le tiene cuenta, amigo, hagamos el negocio por los dos.

—Convenido.

El chalan puso la mitad del precio y el tío Pablo su parte.

Pedro recontó el dinero, examinó las monedas, y luego que estuvo satisfecho, se aguardó aparte diez pesos y se encaminó en busca del estudiante.

Iba ya entrando en la plazuela en que estaba Pedraja, cuando sintió una mano que le dió unos golpecitos en el hombro.

—Hola, muchacho! le dijo una vieja arreujada casi por completo en su manto.

—Qué quiere la buena de la abuelita?

—Nada, soy forastera, mis señores han llegado á México y no los encuentro; dime si acaso has visto á un caballero y á una jóven.

Quedóse el muchacho reflexionando si serian los huéspedes de su casa.

—Qué piensas, muchacho?

—Nada, que mi respuesta vale algo, mi trabajo me cuesta poner cuidado en todo lo que pasa.

—Como que mi bolsa está repleta de medicillos.

—Sí? pues adelante algo, abuela, y le digo lo que quiere.

La vieja sacó unas monedas de plata y las entregó al muchacho, que las desapareció bajo sus harapos.

—Ya te escucho, rapaz.

—Pues abuela, he visto á esos señores que decís, pero no me conviene que sepan que ha salido de mis labios una palabra.

—Yo te juro que no revelaré ----

—Bien, decidme, se llama la señora Rosalía?

—Precisamente.

—Y Antonio el caballero?

—Ellos son! ellos son! exclamó con un goce diabólico la vieja.

—Pues bien, ya lo sabeis, nos veremos.

—Adios, dijo la vieja.

El muchacho se la quedó viendo, sin duda en espera de que le preguntase el domicilio, pero la abuela tenia mas colmillos que un elefante y no le dirigió mas la palabra al pilluelo.

—Nos veremos, respondió Pedro, y se detuvo unos minutos hasta ver desaparecer á la vieja.

#### IV.

Llegó el negrito al sitio donde el estudiante le aguardaba, desesperado de su tardanza.

—Has concluido?

—Sí, he vendido los caballos en cincuenta pesos.

—Perfectamente, mañana traerás las armas, me quedo solamente con la espada.

—Esa siempre hace falta.

—Marchemos á la casa, Rosalía estará con cuidado.

El familiar se puso en seguimiento del muchacho hasta llegar al barrio de la Palma.

Entráronse en la casuca, la jóven salió con las lágrimas en los ojos al encuentro del estudiante.

—Creia que te pasaba algo, estoy alarmada, temerosa.

—Tranquilízate, vida mia, ya me tienes á tu lado.

—Nadie te ha visto?

—Nadie; pero es necesario salir de esta casa, la miseria es un espectáculo que me aterra.

—Es tan buena esta familia, que ya sentiría dejarla.

—Sí, tienes razon, pero es preciso, esta noche iré á buscar otro lugar mas seguro y mas cómodo al mismo tiempo.

—Yo sé que nada tengo que temer á tu lado, que me cuida el ángel de nuestros amores, que tú brazo me defiende de la desgracia.

—Sí, Rosalía, yo tengo valor para afrontar esta situacion, tú y mi conciencia saben que antes que atentar á tu honor me levantaría la tapa de los sesos.

—Gracias, Antonio, gracias, dijo la jóven deshecha en lágrimas; Dios te ha puesto á mi lado como una sombra amiga y protectora, yo te pagaré con este cariño que arde mas y mas en mi corazon.

El estudiante estrechó contra su pecho á la infeliz criatura.

Mientras los amantes entraban en esa confidencia amorosa, en que se exhala el perfume todo del corazon y del sentimiento, la cara abominable de la vieja se asomó como una aparicion del infierno entre los cañaverales que rodeaban la choza de Pedro el Negro.

## CAPITULO IX.

EN NOMBRE DEL SANTO OFICIO.

### I.

El doctor don Pedro Núñez de Clavijero, inquisidor de México, era uno de los personajes mas influyentes en la corte de su excelencia el virey Branciforte, y su aristócrata persona rara vez se dejaba ver de los amigos y menos de las personas que tenian negocios con el Tribunal de la Fé.

El doctor Núñez de Clavijero era portugues, y á pesar de la odiosidad de los reyes de España, su magestad Carlos IV le tenia grande estimacion por su talento y vastos conocimientos.

Hacia seis meses que la Inquisicion de Madrid lo habia nombrado inquisidor de México y acababa de tomar posesion de su alto empleo.

Branciforte lo recibía en su intimidad y apreciaba en mucho sus consejos, que eran sabios y prudentes como de un docto varon y hombre de mundo.

El inquisidor era la persona mas escrupulosa en materias de fé, acaso por estar tildados los portugueses de hereges.